

## La peste y su silencio\*

---

*Martín M. Morales\*\**

---

\* Traducción del italiano de Gerardo Martínez Hernández.

\*\* Doctor en Historia Moderna por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, Italia. Profesor investigador de tiempo completo en la misma universidad. Contacto: [morales@unigre.it](mailto:morales@unigre.it).

En una carta al maestro y hermano Athanasius Kircher, el jesuita Kaspar Schot (1608-1666) revela su preocupación por su salud y por el cierre del Colegio Romano a causa de la peste que ya había llegado a Roma:

La última carta de V.R. aunque completamente ahumada y medio quemada, me produjo una gran alegría, por la buena noticia de la salud y felicidad de V. R. como en la reunión, me lamenta la triste noticia de Lorenzo nuestro secretario, aunque por otro lado me consuela, porque, como él escribe, una plaga ha expulsado a otra. Ahora no sé qué malas noticias se están contando, que el Colegio Romano está cerrado. No puedo expresar con palabras cuánto pido por la salud de V. R., si esto es cierto. Rezo por el amor de Jesucristo, que inmediatamente me dé cuenta de su estado. Yo en este tiempo no dejaré de orar a Dios, y a su bendita madre por usted.<sup>1</sup>

## El regreso

Lo que vuelve evoca una ausencia. El silencio de nuestros días, que serpentea por las calles, no hace más que gritar: ¡observa y comprende! El silencio nos desafía y al mismo tiempo nos representa, ya que cuesta decir lo que nos pasa. En nuestra vida diaria, especialmente cuando parece que los acontecimientos no nos dan un respiro, captamos la sensación de familiaridad. La familiaridad que establecemos ante situaciones nuevas, ante experiencias inéditas, es una fuerza que nos permite afrontar nuestro mundo en toda su contingencia, es decir, afrontar la variabilidad de las cosas, que pueden o no ser, o ser de una manera diferente. Observar el mundo con los anteojos de la familiaridad es requisito previo para lanzar una mirada serena y hasta distraída a la realidad. Hacemos nuestra vida más fácil al dar por sentadas algunas cosas. Economía de la

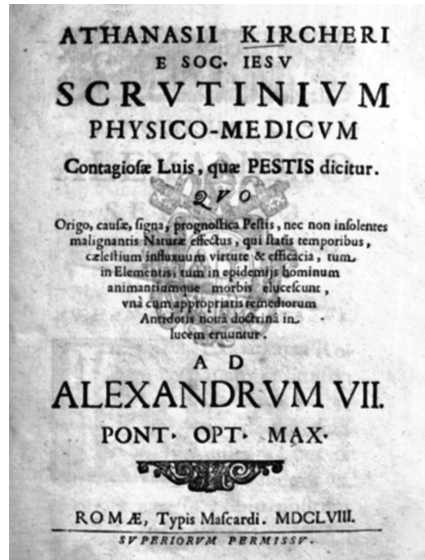
---

<sup>1</sup> Kaspar Schott a Athanasius Kircher, Würzburg, 21 de octubre de 1656. La carta completa está disponible en [https://gate.unigre.it/mediawiki/index.php/Page:AKC\\_1656\\_10\\_21\\_561-291.pdf/1](https://gate.unigre.it/mediawiki/index.php/Page:AKC_1656_10_21_561-291.pdf/1).

demanda y de la observación. La distinción familiar/no familiar ayuda a consolidar la percepción de certeza sobre el mundo construido.

Pero hay días (y ya han llegado), en los que la mirada parece haber traspasado el seto que la excluía y teme lo que ve al otro lado de la distinción: lo desconocido. Si persistimos en los tópicos en los que solíamos refugiarnos, la sensación de extrañeza podría incluso aumentar. Cuando algo antiguo regresa, lo imperativo es comprender. Solo a partir de este esfuerzo será posible reconfigurar el espacio inaccesible y desconocido, aunque solo sea para volverlo familiar. La dificultad no se da por sentada. Siguiendo el lema aristotélico: “Vale más un probable imposible que un posible improbable”. Es más persuasivo afirmar lo que la audiencia, lectores, espectadores o seguidores creen que es posible, aunque sea científicamente imposible, en lugar de intentar demostrar lo que no es considerado como tal por una determinada “cultura de masas”. Este *post* es totalmente contradictorio.

## La búsqueda



Athanasius Kircher, *Scrutinium physico-medicum* (Roma, 1658)



En este estado de las cosas, cuando cada uno está afligido por numerosas imágenes de la muerte, se requieren, no sin ansiedad y solicitud, futuros remedios para la salud, contra un mal tan atroz; si algunos afectados por la peste están atormentados por varios y diversos síntomas, como parece considerar la clase médica entera, mientras hay consultas realizadas entre los médicos, por tenue que sea, se reclama de forma insistente mi juicio sobre la verdadera causa de la peste. Por tanto, por voluntad de quienes me lo ordenan, y por justa súplica, trabajé más extensamente para que el mal fuese contrarrestado, así en el horrible silencio de una triste Roma, mientras que el acceso al Colegio Romano está prohibido a todos, dejando de lado mis habituales argumentos literarios, aprisionado en una estrecha soledad, me vi obligado a elaborar con celoso y oportuno esfuerzo lo que concebía como la naturaleza del origen de la peste.

El proemio del pequeño tratado acerca de la peste de Athanasius Kircher es una invitación a pensar que *aquello* es como *esto*. La “atroz peste”, la “masacre horrible”, el “horrible silencio de una triste Roma, mientras que el acceso al Colegio Romano está prohibido a todos [...]”, para cualquiera en estas descripciones podrían resonar discursos contemporáneos. El amplio sendero de la analogía conduce directamente a la familiaridad. Pero este camino no nos lleva muy lejos, o mejor dicho, el sentido de familiaridad siempre debe ser reconstruido. Si aquella desgracia es similar a la nuestra corremos el riesgo de no observar de manera pertinente las distinciones desde las que se observó la pestilencia y cuáles son las diferencias con la observación de una pandemia en nuestro tiempo. Las diferencias que vamos a considerar no radican principalmente en el lenguaje barroco o en la inusual vestimenta del “Doctor Pico de Roma” (“Doktor Schnabel von Rom”) tal como aparece en el grabado (1656) de Paul Fürst (1608-1666) y como lo describe un poema del siglo XVII:

As may be see on picture here,  
In Rome the doctors do appear,  
When to their patients they are called,

In places by the plague appalled,  
Their hats and cloaks of fasshion new,  
Are made of oilcloth dark of hue,  
Their caps with glasses are designed,  
Their bills with antidotes all lined,  
That fouldsome air may do no harm,  
Nor cause the doctor man alarm,  
The staff in hand must serve to show  
*Their noble trade where'er they go.*<sup>2</sup>

Por mucho que podamos ser seducidos por aquellas semánticas barrocas no lograremos nunca volver a proponer la estructura en las que operaban. Cuando entrevemos que las cosas de ayer fueron percibidas y pensadas a partir de un *a priori* distinto al nuestro, en ese momento surge la inquietud. Lo que pensábamos que era conocido se vuelve perturbador. La historia habla de un mundo heterogéneo, de un mundo desaparecido que no era como el nuestro. Nosotros no somos ellos. Precisamente, trazando la diferencia, las cosas se vuelven pensables, no sólo las pasadas, sino también las presentes. La diferencia con el pasado es el primer paso para entender lo que sucede.

## **El horrible silencio**

El silencio nos enfrenta a la incertidumbre. El vacío que genera debe ser llenado. En el *horrible silencio* Kircher se pregunta, según su texto, acerca del origen de la peste. Bajo la superficie en la que habitaban aquellos hombres se agitaba un magma en el que no era posible dis-

---

<sup>2</sup> Como puede verse aquí en la imagen, / En Roma los médicos aparecen, / Cuando sus pacientes son llamados, / En lugares por la peste horrorizados, / Sus sombreros y mantos de moda nuevos, / De oscura tonalidad, de hule hechos / Sus gorras con gafas están diseñadas, / Sus listas con curas bien anotadas / Ese aire inmundado no puede dañar, / Ni al médico alarma causar, / El bastón en mano sirve para mostrar / Su noble oficio donde deba de andar.



*San Miguel*, Peter Anton von Verschaffelt (1710-1793). Castillo Sant' Angelo, Roma

tinguir entre sociedad y religión. Cada observación provenía de aquella indiferenciación que regía su mundo. Buscar a los culpables de la peste era repetir una verdad. De esta búsqueda no se podía esperar novedad alguna. La sola repetición de la verdad la volvía verdadera y acreditada, y lo era porque las *auctoritas* la habían afirmado antes. Si la repetición para nosotros es sinónimo de aburrimiento, para ellos era señal de certeza.

Para el tratado de Kircher, la peste es *flagellum et sagitta Dei ob peccata hominibus immisa*. Se repiten de este modo los días de Noé, en los que Dios agota su paciencia y da paso a un nuevo inicio. La creación que salió mal pesa sobre la espalda del hombre que la contaminó con el pecado. La pestilencia evoca la antigua lucha entre el bien y el mal. Sobre la cabeza de los hombres que padecen la desdicha terrena, se desarrolla la batalla entre Lucifer y San Miguel, como lo recuerda la estatua del Arcángel sobre el Castillo de San Ángel. Los eventos alrededor de esa figura podrían dibujar los rasgos de una historia evolutiva con respecto a la percepción de las pestilencias: el original de madera fue sustituido por un ángel de mármol, después destruido durante un asedio a la ciudad en 1379, en su lugar fue colocado un San Miguel de mármol con alas de bronce (1453). Cuando un rayo, que hizo explotar la santabárbara del castillo, lo volvió añicos. La estatua de mármol

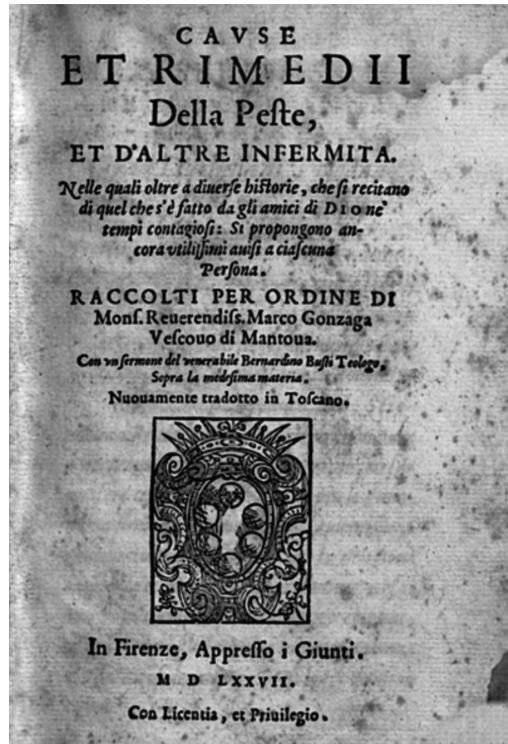
fue remplazada por una de bronce dorado, después fundida, en 1527, para fabricar cañones. El vacío fue llenado con un ángel realizado por Rafaello da Montelupo (1544), a su vez sustituido por la obra de Peter Anton von Verschaffelt (1753). La estatua que hoy vemos es una copia de acero y titanio de 1986.

A partir de un determinado momento, la semántica utilizada para construir la realidad no es suficiente para encontrar al *untore ultimo*. Los “untores” llamados así durante los tiempos de la *peste manzionana* (1636), los que habían manchado a personas, picaportes y bancos de las iglesias con ungüentos maléficos, tenían un líder incuestionable: el demonio, el *untore* por excelencia. El flagelo de la peste, como nos muestra la historia de la posesión de las ursulinas de Loudun (1632),<sup>3</sup> abre el camino al diablo, y al no poder quemar al que arde para siempre, tendrá que arder uno de sus ministros, al que introdujo el mal en el convento: Urbain Grandier, párroco de la iglesia de San Pedro. En aquel teatro de la verdad la muerte de Grandier será un punto de inflexión para todos. Como si la incertidumbre y la oscuridad de aquellos días se pudieran calmar con el fuego de la hoguera. Con la gran lección de la posesión de Loudun aprendemos que las posesas, a diferencia de los brujos, tienen una responsabilidad limitada: ellas han sido forzadas, violadas. Como las místicas, quienes se encuentran en las antípodas, que no habitan en sí mismas, sino que son habitadas por alguien más. Así, el Diablo llega para aligerar el peso de la culpa. La repetición de este viejo argumento bíblico del texto kircheriano tendrá una progresiva variabilidad, hasta que la peste —o mejor dicho la comunicación de la peste— se escindiría casi en su totalidad de sus dimensiones punitivas y diabólicas. En nuestra modernidad, la búsqueda del “culpable” de la desgracia se centra en el sistema económico, o en el sistema político, o en el de la ley. Aunque, reconociendo la gran complejidad del fenómeno observado, se debe admitir que su conocimiento es necesariamente limitado.

---

<sup>3</sup> Sobre la posesión de Loudun se puede consultar la obra fundamental de Michel de Certeau, *La possession de Loudun*, París, Gallimard, 2005 (Traducción al castellano: *La posesión de Loudun*, edición revisada por Luce Giard, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 2012).





Antonio Posevino, *Cause et rimeddi della peste et d'altre infermità* (Firenze, 1577)

Pero en la observación repetida de la modernidad temprana la novedad comienza a filtrarse. Según en su *Scrutinium*, Kircher no sólo observa el mundo con los anteojos de las distinciones entonces posibles, sino que acerca su ojo a la lente de un microscopio. De esta actitud surgirán nuevas distinciones que necesariamente traerán nuevos conocimientos y nuevas incertidumbres. El gesto de Kircher forma parte de una cierta tradición, no sólo jesuita, en la que se buscaban también las “causas naturales” de la peste y por lo tanto los remedios. De esta forma la obra del jesuita Antonio Posevino, *Cause et rimedii della peste et d'altre infermità* (1576) señalará, entre las causas naturales, la mala calidad de los humores, o la corrupción del aire.

## Bajo una nueva lente

El *Scrutinium* de Kircher se inscribe en una sucesión de obras que se presentan como una hibridación entre el hermetismo y la medicina del siglo XVII. Kircher se puede inclinar frente al microscopio porque esta acción se encuentra todavía enmarcada en una cadena causal, en virtud de la cual no se realiza, hasta ese momento, una distinción entre la observación científica y la observación religiosa. Las observaciones de Kircher no dejan de lado ni la providencia de Dios, quien envía la enfermedad a los hombres, ni la que se encontraba más consolidada entre las “causas naturales” de la propagación de las epidemias: las exhalaciones pestíferas que provienen de las profundidades de la tierra y que contaminan el aire que respiran los hombres. Pero también hubo, según su tratado, un contagio por contacto con cosas en putrefacción. En las cosas y animales en descomposición se generan pequeñas larvas (*vermiculi*) que infestan a los humanos: *tam exigui, tam tenues et subtiles ut omnes sensus captum eludant, nec non nisi exquisitissimo smicroscopio sub sensum cadant*. La mirada, a través de la lente del microscopio o del telescopio, invade parte de la sacralidad del mundo, tal como era concebido. Zonas que antes se encontraban ocultas y formaban parte de un secreto, expresado a veces de un modo hermético por algunos iniciados; lugares habitados por el *mistero* (*μύω* = cerrado), que invitan a cerrar los ojos y la boca, ahora comienzan a estar limitados por las palabras. De algún modo, aquello que se circunscribía al secreto y al misterio ahora emerge como paradoja. *Es una gran pregunta y conlleva la paradoja de si la plaga hace más daño que bien. ¿Qué bien puede causar un carbón, que quema el universo, a esa plaga cruel, que expolia las ciudades?* Así se preguntaba el jesuita Etienne Binet en su libro: *Soberanos y remedios eficaces contra la peste: Sovrani ed efficaci rimedi contro la peste* (Impreso en italiano a causa de la epidemia de 1656). La peste es una ocasión de bien porque el hombre se ejercita en la virtud y, en definitiva, el flagelo de la epidemia no debe tener una justificación porque Dios no debe nunca justificarse. Como se puede suponer, mientras la apelación al secreto funcione, el consenso se mantiene, pero a

medida que aumenta el conocimiento, las opiniones y los desacuerdos aumentarán al mismo tiempo.

La inobservabilidad de Dios, es decir, su unidad, aún permanece firme. Esa unidad misteriosa podrá impregnar cada exceso y cada contradicción por un tiempo, de modo que cualquier complejidad todavía podrá atribuirse al misterio. La observación religiosa permite que lo que no es familiar pueda ser asimilado por lo que es familiar, a pesar de que permanezca desconocido. Lo que nuestra avanzada modernidad a veces identifica como “el renacimiento de la religión” puede ser identificado en estos términos. Siglos después de Kircher la ciencia trazará los límites de lo cognoscible: más allá de la velocidad de la luz comenzaría la imposibilidad de conocer nuestro mundo físico. La incompreensión de lo que el ilustre jesuita observaba, no sólo nos desvía del cumplimiento de una operación historiográfica controlada por una rígida conceptualización —y ésta sería la pérdida menor— sino que sobre todo nos impide reflexionar sobre nuestros tiempos y de entender su complejidad. Ponernos a la sombra de las argumentaciones de Kircher, caminar sobre sus pasos, seguir sus creencias y devoción, imitar sus gestos, complacer sus hipótesis sobre las causas de la peste no sólo es improbable, sino que además nos distrae justo del momento en el que se requiere de la mayor atención, de un gran cuidado, el cuidado que los griegos denominaban *epimeleia*. Surgirán nuevas formas de contingencia para afrontar lo indeterminado. Más allá de la realidad duplicada y ruidosa de los medios siempre sedientos de novedades, el silencio y su vacío se pueden presentar como una oportunidad para afrontar la complejidad, buscando evitar simplificaciones inconsistentes o atajos cognitivos.